

ORACION FÚNEBRE  
 QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS  
 DISPUESTAS  
 POR EL REAL CUERPO DE LA MAESTRANZA  
 DE VALENCIA,

EN SUFRAGIO , Y Á LA BUENA MEMORIA  
 DE LOS AUGUSTOS SOBERANOS

EL SEÑOR DON CARLOS IV  
 Y  
 LA S.<sup>RA</sup> DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON,

DIJO

EN LA IGLESIA DE LOS PP. DE LAS ESCUELAS PIAS

DIA 16 DE MARZO DE 1819

*EL M. R. P. Mtro. F. VICENTE FACUNDO LABAIG Y LASSALA,  
 DEL ÓRDEN DE SAN AGUSTIN, DOCTOR TEÓLOGO, PREDICADOR DE SU MAGESTAD,  
 EXPROVINCIAL, EXAMINADOR SINODAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO Y DEL  
 REAL CONSEJO DE LAS ÓRDENES Y SOCIO HONORARIO DE VARIAS  
 ACADEMIAS DE ESPAÑA.*



VALENCIA

*En la Imprenta de Estévan*

1819.

ORACION FUNEBRE  
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

DISPUESTAS

POR EL REAL CUERPO DE LA MAESTRANZA  
DE VALENCIA,

EN SUFRAGIO, Y A LA BUENA MEMORIA

DE LOS AUGUSTOS SOBERANOS

EL SEÑOR DON CARLOS IV

Y

LA S.<sup>RA</sup> DOÑA MARIA LUISA DE BORBON,

DIO

EN LA IGLESIA DE LOS PP. DE LAS ESCUELAS PIAS

EL DIA 16 DE MARZO DE 1819

EL M. R. P. Mtro. F. VICENTE MACUÑO LABAIG Y LASSALA,  
del orden de San Agustín, doctor teólogo, predicador de su Magestad,  
examinador sinodal del arzobispado de Toledo y del  
real consejo de las órdenes y socio honorario de varias  
Academias de España.



VALENCIA

En la Imprenta de Esteban

1819.

*In mortuum produc lacrymas, et quasi dira passus incipe  
plorare.... Fac luctum secundum meritum ejus.... In  
requie mortui, requiescere fac memoriam ejus.*

Derrama sobre el muerto lágrimas, como aquel á quien  
aflice una grave desventura. Proporciona tu llanto al  
mérito y virtud de su persona; y consuela tu memoria  
con la esperanza de la paz en que reposa. *El Ecclesiast.*  
*cap. 38, vv. 16, 18 y 24.*

**M**undo soberbio! ¡mundo idiota! ¡mundo miserable!  
si alguna vez la religion pudiera disimular tu orgullo, au-  
torizando los vanos esfuerzos de una soñada inmortalidad;  
no lo dudes, esta funestísima pompa, este aparato fúne-  
bre te justifica; pero todo ello es una sombra fugaz y de-  
leznable para expresar la amargura de tu pena, y el justo  
objeto de tu agudo dolor y triste llanto. La Europa cu-  
bierta de luto, el antiguo y nuevo mundo conmovidos  
hasta en sus cimientos, la religion y la patria sentidas y  
llorosas en la muerte de tres augustos Soberanos, arreba-  
tados al pueblo mas digno de ellos con tanta velocidad y  
rapidez, que es preciso reunir su memoria y sus elogios  
en una sola ceremonia (1); nos persuaden la medida de  
nuestras lágrimas, y la extension de nuestro puro amor y  
afectuoso reconocimiento. Sobre todo, la voz imperiosa  
del divino oráculo, que nos manda derramar lágrimas so-  
bre estas tres cabezas coronadas, humilladas ya y abati-

<sup>1</sup> En dos consecutivos dias se celebraron las exequias por nuestra Sobe-  
rana la Señora Doña Isabel Francisca de Braganza, y por los Reyes padres  
el Señor Don Carlos IV y la Señora Doña María Luisa de Borbon.

das ante el trono del Rey inmortal de los siglos, nos previene tambien que lloremos como en la mayor de nuestras desventuras; que nuestro llanto esté en proporcion á su distinguido mérito, y á los testimonios de bondad y de benevolencia que recibieron sus pueblos; y que su grata y honorable memoria forme toda nuestra consolacion, mientras sus grandes almas reposan en el centro de la paz y descanso eterno (1).

Y vosotras, horrible hipocresía ó desdeñosa incredulidad, ¿andariais aun al derredor de ese triste monumento, que solo es un signo de nuestro luto, para robarle á la muerte sus mas ilustres despojos, borrando con mano osada los sentimientos de la piedad que lo consagra, y las aspersiones y perfumes de la religion que lo purifican? ¡Ah! ¡desaparezca del Templo del Señor todo lo que sirviendo á la ambicion, no es sino vanidad! Perezca para siempre la memoria de aquellos héroes, cuya vida metió un poco de ruido, y al fin vino á parar en un silencio eterno. Confúndanse con el polvo que arrebató el viento, las pirámides, los obeliscos, los medio arruinados sepulcros, que siendo la admiracion del arte, se ignora la mano que los levantó, y el númen á quien se dedicaron. La última piedra de estas obras al parecer tan inmortales, formará tambien el último recuerdo de aquellos hombres tan celebrados. Los despojos de Samaria solo cubren las bóvedas de la pacífica Jerusalem, para hacernos sentir la fuerza irresistible de aquel brazo poderoso que abate la gloria del mundo, y fija el término fatal de la mayor grandeza.

Si el nobilísimo y heroico cuerpo de la Real Maestran-

1 Véanse las palabras del tema.

za de Valencia, continúa hoy los religiosos esmeros de su piedad, amor y gratitud, que consagró ayer á la indelible memoria de nuestra augusta Soberana, dignísima esposa del muy alto, muy poderoso y muy excelso Monarca, á quien venera con el doble respeto de primer Gefe y hermano mayor de su honorífico establecimiento; ¿que nos impone la extension de este culto fúnebre, sino nuevos motivos para excitar nuestra gratitud y lealtad, dobles y aun triplicados objetos que acrecienten nuestro llanto? Víctimas acumuladas, sacrificios repetidos, pérdidas sobre pérdidas, cortadas las más estrechas alianzas, rotos los vínculos mas sagrados.... Señor, acotaré límites á nuestras lágrimas, cuando segun la ingeniosa ficcion de la antigüedad fabulosa, temo que hasta las alegóricas imágenes colocadas al derredor de ese figurado sepulcro, interrumpen mi triste voz con la expresion de su acerbísimo dolor. ¿Puede ser este mas legítimo ó mayor y mas digno el objeto que le causa? Padre, Madre, Esposa, y aun vosotras recientes y delicadas rosas que produjo el mas honesto y casto amor (1), todos de un golpe habeis desaparecido á los ojos de un padre, de un hijo, de un esposo y de un rey, probado por la mano de Dios, pero hallado fiel en su desgracia. En catástrofe tan espantosa solo le queda la firme seguridad, de que una nacion la mas generosa y fiel del universo, y unos vasallos los mas decididos por su prosperidad y gloria, publicarán con sus lágrimas el mérito de los tres augustos Soberanos, que ya fallecieron, regarán con ellas su sepulcro, y conservarán su honorable memoria en los fastos de la justa é imparcial posteridad.

(1) Las dos Serenísimas Señoras recién nacidas Infantas.

Asi habla nuestro afligidísimo Monarca el Señor Don Fernando VII, y asi hablo yo tambien en el arduo y des-  
 apacible empeño de anunciaros, que al imprevisto y ace-  
 lerado fallecimiento de Doña Isabel Francisca de Bragan-  
 za, nuestra amable Reina y Señora, debemos añadir el de  
 los muy altos, muy píos y muy católicos Soberanos Don  
 Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon, sus amantísi-  
 mos y venerados padres, á quienes una piedad no inter-  
 rumpida, una constante fidelidad á la ley santa del Señor,  
 y una generosa beneficencia y continuo desvelo por la fe-  
 licidad de sus pueblos, han hecho igualmente dignos de  
 ser alabados á la vista de los santos altares por los mi-  
 nistros del evangelio.

¡Oh vosotros que ródeais ese triste túmulo, ojalá pu-  
 diese yo contentar vuestros votos, elogiando como cor-  
 responde al lugar santo que ocupo, á unos héroes que os  
 causan tan gran respeto, admiracion y sentimiento! ¡Oh,  
 si yo pudiese llenarme de los afectos de toda la Europa  
 por la noble sangre que circula por las venas de sus res-  
 pectivos príncipes, de la ternura y sensibilidad de las cor-  
 tes que les vieron nacer y morir, de la gratitud de los  
 pueblos que ellos miraban como el objeto de su paternal  
 amor y generosa liberalidad, de los lamentables ecos de la  
 religion que veía en ellos su gloria y su mayor apoyo! Si  
 mi alma estuviese poseida de semejantes ideas, podria en  
 tal caso engrandecerme y dilatarme en la gloriosa historia  
 de dos augustos consortes, que no me es posible concre-  
 tar á un discurso breve, prematuro y arrebatado casi vio-  
 lentamente á la firme persuasion de no poder desempeñar-  
 lo. Menos feliz y dichoso en el tiempo y en el objeto, que  
 el ministro encargado en el dia de ayer, de referiros una  
 vida corta, pero llena de virtud, observaré la obligacion

que me impongo de ser tan verdadero y exacto como él lo ha sido. Mayormente, señores, que por lo que mira al augusto Carlos, yo no haré sino añadir lo que me faltó manifestar en su elogio formado y producido en igual premura y circunstancias, y dedicado á su grata y respetuosa memoria (1). Entonces visteis un Rey superior á la fuerza de los mayores infortunios por su paciencia y conformidad; y un Soberano superior por su beneficencia, á su fortaleza y resignacion cristianas. Hoy añadiré gracia sobre gracia, colocando al lado del bondadoso Carlos á su amable esposa Luisa, como que ella fue la recompensa del hombre de bien, y la corona de su digno esposo. Esta es la bendicion prometida á la virtud por el Espíritu Santo (2): de donde se sigue por una consecuencia sin disputa, que es menester ó negarle al gran Carlos un corazon blando y afectuoso, y su amor á todo lo bueno; ó concederle á la heroica Luisa el mérito de aquella gracia que constituye la felicidad del vínculo sagrado. No penseis, señores, que yo empieze aquí á canonizar virtudes, ni á escusar los vicios, ni á lisonjear á las grandezas humanas, ni á dar culto á unas vanas sombras, ni á ofrecer á falsas virtudes, falsas y violentas alabanzas. Guárdeme Dios de tan desatinado pensamiento. Al templo del Señor no venimos á celebrar alguna de aquellas antiguas apoteosis, donde Roma idólatra colocaba sin distincion á sus héroes en la suprema gerarquía de los Dioses. Allá se quede para las tribunas y los circos, lo que no puede ni debe servir

1 Este discurso, como el que pronunció el mismo autor al Real Acuerdo en las exequias celebradas por el difunto Monarca el Señor Don Carlos IV, fueron obra el uno de diez y el otro de trece dias, sin mas intervalo que el de tres semanas.

2 El Eclesiast. en casi todo el cap. 26.

de argumento para un discurso cristiano. Hablamos de los hombres delante de Dios, y tratamos la causa de Dios delante de los hombres. ¡Miserables mortales! vuestros juicios son muy equivocados y sospechosos, dice San Juan, respeto á los rectísimos é infalibles juicios de un Dios (1). Diré pues, católicos, lo que los hombres testifican de Carlos y Luisa de Borbon, y adoraré con profunda sumision el mérito de tantas virtudes políticas y morales en la presencia de Dios, y en la balanza fiel del santuario. Mas no dejaré de manifestar las consolaciones de la fe, y el fundamento de la esperanza cristiana, añadiendo: *que á la vista de los hombres, fueron Carlos y Luisa todo lo que debieron ser; y en la presencia de Dios, fueron cuanto era de esperar.* No separemos en elogios particulares á dos augustos esposos que la mano de Dios unió en su vida, y cuya bendicion respetó la misma muerte. Voy á probarlo.

Uno de los mas opulentos Príncipes y el mas miserable de todos los hombres, preguntaba en el exceso de su dolor: el hombre cuando fuere despojado de su grandeza, privado de su gloria y consumido en el polvo de la tierra, ¿cual será su paradero? (2) Responde filosofía orgullosa, respira voluptuosa filosofía. Sereis como Dioses, asi habló el demonio autor de la primera, ofreciéndole al hombre una inmortalidad natural; sereis como bestias, asi hablan los impíos fautores de la segunda, para borrar en los hombres toda esperanza de inmortalidad. Delirios del entendimiento humano, que son otras tantas pruebas de aquella penal ignorancia y ceguedad que heredamos de nuestros padres con la culpa original. Pero como yo hablo con hombres, para quienes la vida eterna es aun, por sola la razon,

1 San Juan en su carta 1.<sup>a</sup> cap. 5. v. 9.

2 Job cap. 14. v. 10.

casi la fe de la naturaleza y como el dogma del género humano ; vuelvo á preguntar: ¿cuando sucediere esta transformacion tan asombrosa, cual será el verdadero destino del hombre? ¡Mortales! vuestros juicios, asi como vuestros proyectos, participan de vuestra limitacion. ¿Que entiende el ciego de colores, ni que ideas pueden tener de espiritualidad, los que con sus obras procuran sustentar la entera destruccion de la especie humana? Hay un Dios, á quien llama la escritura Dios del corazon, y él solo goza el privilegio de infalibilidad por su naturaleza. El vulgo por lo ordinario indiscreto y nada caritativo, engañado siempre y engañoso, no puede ser el depósito de esta fe. Acostumbrado á mirar los objetos como por un vidrio de óptica, la proporcion de la distancia les presenta muy pequeño lo que en la realidad es mas elevado, lo blanco azul, lo inmóvil con movimiento. Es necesario quitar todos los estorbos, acercándose á las cosas, palparlas, examinarlas, desprenderse de todas las pasiones, olvidar todo interes para no quedar burlados, y corridos y mentirosos en nuestros juicios. ¡Ah, y cuan difícil es por lo mismo, que nuestra razon envuelta y ofuscada entre las tinieblas de los sentidos, se halle en estado de conocer el justo valor de las virtudes públicas y privadas de nuestros semejantes, mayormente las de aquellos Soberanos que Dios colocó sobre el Trono y puso al frente de sus pueblos!

¿Deberá mirarse como obra puramente de la naturaleza, aquella igualdad maravillosa que se observa en el nacimiento, genealogía, edad, educacion, fortuna, y aun en la vida y muerte entre Carlos IV y María Luisa de Borbon? La Historia nacional dirá, que ambos fueron ramas frondosas de aquel robusto árbol vencedor de los si-

glos y tempestades , que en un solo siglo llenó toda la Europa de Emperadores, de Reyes y de Reinas ; ambos nietos de Felipe V y de Isabel Farnesio ; ambos hijos de dos hermanos ; y ambos cubiertos de toda aquella gloria que esparce en el antiguo y nuevo mundo el respetabilísimo apellido de Borbon. Hasta aqui convienen los hombres sin disputa. Pero todo esto de que se glorían ellos , que adoran y procuran conservar como un título para atraerse los respetos, y los honores , y la admiracion del universo ; todo esto que ni la envidia , ni la maledicencia, ni la preocupacion, ni la ignorancia se atreven á disputar á nuestros Soberanos ya difuntos , ¿ que mérito tiene delante de Dios ? ¡ Ah ! imaginaos un gran buque que baticido por la tempestad , se abre y estrellá contra la punta de una roca empujado de la violencia de los vientos. Lo mas sólido y precioso de que se hallaba cargado ; el oro , y la plata , y las piedras mas preciosas y estimables , quedan sepultadas en el abismo ; únicamente se ven fluctuar sobre las aguas algunos trozos de velas , mástiles, antenas y tablas, tristes y miserables residuos del naufragio. El viento recio de la muerte rompió los buques de este Rey grande , y de esta heroína singular. El trono , el cetro , la corona , la púrpura , las riquezas , y hasta su famoso nombre parece cayeron en el abismo ; pero en medio de su desgracia es permitido recoger algunos fragmentos , que nos acuerden su elevacion, su fortuna, su dominio, su poder , y que todo el aparato de su pompa fúnebre contribuya á representar en ellos, como allá á la famosa Tiro, aquella ciudad soberbia que solo parece haber conservado sus antiguos vestigios, para manifestar la grandeza que ya no tiene. ¡ Almas grandes ! los hombres que os amaban y os temian , movidos acaso

por un vil y sórdido interes, nada miran ya en vosotras que excite su amor ó sus respetos; pero os queda el testimonio de Dios en quien debeis gloriaros. Su gracia perfeccionó la obra de la naturaleza, y la mano omnipotente que os formó para gobernar á su pueblo, nada abandonó al acaso, disponiendo que vuestra cuna fuese la primer grada para elevaros al solio. Cualesquiera que sean nuestros sentimientos y opiniones, Dios ve en el nacimiento de los Reyes, lo que no alcanzan las especulaciones de los hombres.

Con efecto, á los tres años de nacido en Nápoles el agosto Carlos, Parma presentó al mundo á la heroica Princesa María Luisa que le deparaba para esposa. La sangre de San Fernando, de San Luis, de Enrique II y de Luis XIV era la misma que animaba á los dos excelsos Príncipes, dándoles el Cielo la santidad y la gloria como por herencia. Fue Carlos hijo de un Rey mas virtuoso que sabio, aunque era muy ilustrado; Luisa reconocia por padre á un Príncipe mas parecido en el exterior á un penitente que á un Soberano. Ambos debieron las primeras impresiones de piedad y sentimientos de devocion á los egemplos de quienes habian recibido el ser natural; pero su educacion política fue la obra mas digna y el fruto mas precioso de los nobles desvelos de aquellos dos grandes sabios, cuyos nombres vivirán eternamente con todo el honor merecido en la república de las letras. Hablo por una feliz casualidad en una religiosa casa y á presencia de una grave y respetabilísima Orden, que encargada por su instituto de la enseñanza pública (1), jamas olvidará la distinguida honra de haberle da-

1 Iglesia de los PP. de las Escuelas Pias.

do á Carlos IV un Ayo y Preceptor ; y habló tambien á un Auditorio ilustrado, que conoce todo el mérito de aquel que con igual destino señaló la providencia á María Luisa, harto capaz de presentarla en la Historia como la gloria y honor de su sexo. *Scio y Condillac*, ¡ nombres inmortales! Nuevo Esdras el uno, nuevo Descartes el otro; aquel infundió en el corazon de Carlos y transmitió á su fácil inteligencia todo el conocimiento y amor á los libros santos y á la ley eterna contenida en ellos; y este levantó el espíritu de Luisa por la sublimidad de las ideas, la fuerza del raciocinio y la magestad de la recta razon, hasta el alto punto de resolver el problema filosófico sobre la heroicidad de que es capaz una muger. Sabios del siglo, no me negareis unas verdades de las que es fiel depósito la Historia, si atendemos al testimonio de los hombres; pero acaso no comprendereis que todo esto lo dirigia y gobernaba la suave y oculta providencia del Altísimo para la felicidad del pueblo español, y para la santificacion recíproca de nuestros Soberanos, cuyos corazones manejaba á su placer, los movia segun su voluntad, y queria coronar en sus misericordias. Asi habla Dios en sus escrituras (1), y su testimonio será siempre irrefragable. Sigamos la historia sin separarnos de los decretos del Señor.

Carlos y Luisa crecian en edad y sabiduría. La España miraba en el Príncipe heredero una viva imágen de su augusto padre, bajo cuya dominacion descansaba segura de sus pasados triunfos, colmada de la abundancia y delicias de la paz. El padre del pueblo mas fiel y religioso, queria prepararle la gloria de la mas numerosa

1 Psalm. 102. v. 4.

posteridad, uniendo al hijo á una princesa de su misma sangre y familia, para que jamas faltase el cetro á su Real estirpe, ni quedase desmembrada ó dividida la extension y opulencia de su reino. La sabia y prudente Rebeca era la que el cielo destinaba para esposa del obediente Isaac, asegurando por este medio las bendiciones mas copiosas sobre su amado y predilecto Jacob (1). Veíase con júbilo acercarse el dia de este augusto enlace; estaba asi decretado en la eternidad; por un órden secreto del cielo la princesa mas famosa en el mundo, pertenecia al mas grande de los príncipes; y aunque la miraba como hermana, dispuso pudiera recibirla por esposa; y esta sagrada alianza, asegurada con los lazos de la mas estrecha afinidad, fue obra de la providencia, y no puramente fruto de los tratados y negociaciones de los hombres. ¡Oh que dia tan feliz aquel en que la magnánima Luisa salió como la paloma del arca, de un pequeño espacio de tierra que respetaron siempre los reinos, para anunciar á las provincias su felicidad, y llevar la paz y la alegría á todos los pueblos de su tránsito! ¡Cual fue este triunfo, cuando rodeada de la gloria de su esposo y de la suya propia, nos pareció un ángel de Dios, por su modestia en medio de las aclamaciones y fiestas de la Corte! Este fue el dulce encanto con que la augusta Princesa supo acrecentar en el corazon del Príncipe aquel fuego santo, cuya sagrada llama se levantó al pie de los altares, y ardió sin quiebra ni interrupcion hasta la muerte. Y ¡cual fue el embeleso del pueblo que hechizado y ansioso por gozar de la presencia de sus Altezas Reales, indagaba

1 Los instruidos en los tratados de esta alianza y en el parentesco de los augustos consortes, no estrañarán la contraccion de este pasage de la escritura santa.

las horas , rondaba las puertas del palacio , ocupaba sus ángulos y escaleras para verlos salir y llenarlos de bendiciones! Todos se apresuraban y corrían sin saber hacia dónde, siguiendo con la vista á los nuevos esposos por doquiera que iban, sin oírse otra cosa que repetidos vivas y aplausos , con el grito universal de millares de pueblos, que llenos de gozo y reconocimiento les aclamaban ya con el nombre de padres. Templemos , si es posible , señores, nuestro dolor con la memoria de nuestras alegrías pasadas , y elevándonos á las grandezas invisibles de Dios por las visibles de las criaturas , formémonos una ligera idea de la gloria que gozarán delante de Dios , por la gloria en que los vimos delante de los hombres.

Los dos esposos trabajaban sin pensar en ello , en agradarse y merecerse mutuamente. Carlos recogía en su espíritu aquellos grandes principios que componen el arte de reinar con el ejemplo y experiencia de su augusto padre ; Luisa se adelantaba en la práctica de las virtudes útiles y cristianas que la hicieron árbitra del corazón de su pio y religioso suegro. En Carlos, las artes y las ciencias hallaron un alumno antes de ser su protector ; en Luisa vieron las heroínas del siglo , que las ocupaciones domésticas constituyen la verdadera y sólida gloria de la muger fuerte , de quien ella era el modelo y el ejemplo. Carlos movido por la imagen halagüena de la felicidad pública , ennoblecía los instrumentos de las artes antes de empuñar el cetro ; Luisa atraída por el grandioso espectáculo de la magnificencia y del poder , sacaba de la lectura y meditacion los medios y preparativos para la prosperidad y opulencia de su reino. En fin , el cielo bendijo á Carlos en Luisa , y Luisa poseyó el corazón de Carlos en justa recompensa , sin necesidad de otra apología que

justifique y persuada su virtud (1). Él vió su casa y generacion engrandecidas con la fecundidad mas maravillosa; vió á su amable esposa que como una frondosa vid cargada de sazonzados frutos de honor y honestidad, cubria con sus pomposos vástagos el trono en que debia ser colocado (2); vió su mesa coronada con los tiernos renuevos de la oliva (3), y arrebatado á impulso de aquel amor que nace de la ternura y la inspira, levántase, y le dice: partiré contigo la gloria de mi reyno; los criminales y culpados hallarán por ti la gracia y la misericordia; tus súplicas serán siempre bien despachadas (4); mas diré: reinarás, mandarás, revocarás mis decretos; porque si en mis manos puso Dios la justicia, tus labios hablarán el language de la piedad y la clemencia (5). ¿Que mas? Tus hijos educados en la escuela de la virtud y del honor, y colocados por tus manos en el trono, publicarán tus obras, y mandarán que tu nombre se oiga con decoro en nuestras asambleas y en nuestroš templos (6).

Señores, ¿hay alguno entre los hombres que se atreva á disputarle á María Luisa de Borbon tantas virtudes unidas á tantas gracias? pues tal es el retrato que el Espiritu Santo dejó á la posteridad de una muger heroica, y el mismo en que el gran Carlos nos da en compendio la vida pública y privada de su augusta esposa. El testimonio de Dios prevalece sobre el de los hombres, y entre los hombres el mas seguro, el mas exacto y el mas fiel,

1 El Eclesiast. en el ya citado cap. 26.

2 Psalm. 127. v. 3.

3 En el mismo psalm. v. 5.

4 Esther capitulos 7 y 15.

5 Libro de los Proverb. cap. 31. v. 26.

6 En el mismo lugar y capítulo, vv. 28 y 31.

es el de un soberano y un esposo. Si todas estas virtudes carecieran de verdadero mérito delante de Dios ; si no tienen mas que una bondad pagana , una bondad natural, una bondad que no se eleva sobre el techo de nuestras habitaciones ; ¿dejan por esto de ser loables delante de los hombres? ¿serán por esto menos ciertas ó indudables? ¡ Oh hombre! ¡ quien eres tú para juzgar del interior! Las bendiciones del cielo solo vienen sobre la virtud verdadera , y ello es que Carlos IV las recibió con grande plenitud (1).

Seguid los pasos de estos dos excelsos príncipes, vedlos ya coronados de gloria sobre el trono de sus padres , y vosotros pueblos que asi lo deseabais , á pesar de las variaciones funestas que trae consigo muchas veces la mudanza en los reinos y los imperios ; decidnos , ¿si la magestad real pudo hinchar ó entumecer el corazon bondadoso del nuevo rey , con la idea del poder y de la grandeza? Decid , ¿si es que la nueva Esther no se hizo digna del elogio que la escritura le dió á aquella famosa reina, de no haber mudado en su mas alta fortuna su primera educacion? El hombre deslumbrado con el falso esplendor de una gloria vana , juzga del mérito de un soberano por los ruidosos acontecimientos que le hacen temible en las batallas , afortunado en los combates , venturoso en las conquistas , como si la virtud pacífica no se bastase á sí misma para merecer el respeto y homenaje de los pueblos , y aquel nombre inmortal , que constituye el heroismo. Para conocer al hombre no le debemos mirar en los lances del lucimiento , en los que muchas veces representa lo que no es , siendo grande solamente en aquel

1 *Ecce sic benedicetur homo. Psalm. 127. v. 5.*

instante que pende por lo ordinario de la casualidad, de las circunstancias ó de la fortuna. Su interior es el que luego que se quitó la máscara, nos deja ver su semblante verdadero. Y ¡que pocos son los que ganan con ser vistos tan de cerca, y merecen aquel bello elogio que un antiguo hizo de Trajano! *César*, le decia, *nada realza tanto el mérito de vuestra vida pública, como las virtudes de vuestra vida privada* (1). Nunca se mostraron mas grandes Carlos y Luisa, como en aquellas ocasiones en que siguiendo el ánimo su natural propension, no quisieron ni robar el aplauso ni usurpar el aprecio. Viéndose que eran lo que debian ser, reinaba en sus virtudes aquel candor, aquella franqueza y aquella facilidad que las hacia amables. En Carlos se admiraba un soberano enemigo del fausto, sencillo en su porte, afable en su trato, modesto en su vestido, accesible en su magestad, franco, veraz y fiel en sus amistades. En Luisa, una reina política sin doblez, templada sin afectacion, clemente sin indulgencia, justa sin severidad, humilde sin bajeza, afortunada sin elacion, agraciada con real decoro, muger fuerte, ejemplo de mugeres, modelo de princesas, asombro de heroicidad.... Tened, señores, sí, disimulad, que yo no os exorto á imitar á una gran santa, sino á llorar á una gran reina. Alabo lo que vieron los hombres, y sirvió de materia para sus elogios aun entre las naciones estrangeras; y lo que justifica que Carlos y Luisa fueron todo lo que debian ser á la vista de los hombres. Y ¿por que no serán en la presencia de Dios todo lo que era de esperar? Aqui debemos escuchar el testimonio superior.

No temo, católicos, deprimir la grandeza de las accio-

1 Plinio en el panegirico de Trajano.

nes del Rey , dándole á la Reina toda la parte que tuvo en los secretos y negocios del gabinete. El esposo habia partido su corazon con la esposa , y quiso juntar lo que el cielo habia hecho por él , á lo que el cielo habia hecho por ella. Si el rey meditaba en secreto grandes é impenetrables designios , la reina invocaba aquella sabiduría que preside al consejo de los reyes (1). Si la justicia daba á las armas del rey el honor de la victoria , los votos de la reina se adelantaban al triunfo. Si las prosperidades seguian constantemente sus pasos , la reina le confortaba y consolaba en el tiempo de la adversidad. Si el rey atendia á las urgencias del estado , la reina se ocupaba en escuchar á los infelices , admitir sus súplicas , examinar sus necesidades , pesar sus servicios , y llevar como un depósito sagrado al pie del trono sus pretensiones y sus esperanzas. Dichoso el que se postraba á los pies de Carlos ; pero mas dichoso el que merecia una mirada benéfica de Luisa.

De este modo se cumplian los designios de Dios asi en el rey como en la reina , para ofrecer en ambos á todos sus pueblos el asombroso espectáculo de tantas virtudes políticas y morales , que les hicieron dignos de ser reconocidos como el apoyo del estado , padres de la patria , protectores de la religion , gloria de la iglesia , consuelo de la humanidad , y aun como redentores políticos , reparadores y conservadores del género humano. Nada exagero ; antes bien omito los establecimientos científicos de la clínica , mineralogia y vitirinaria hasta entonces desconocidos é ignorados , cuya memoria conservará en los siglos venideros , la del soberano su munificentísimo instituidor. Estoy tocando en los límites de mi discurso , y nada os he dicho

1 En el libro de los Proverb. cap. 8. v. 15.

aun de aquellas virtudes que reconociendo en Dios su origen y principio, solo este Señor puede haber sido su premio y su corona. Escuchad la voz pública; entrad en esas cárceles, moradas espantosas del crimen é inhumanidad, y las vereis trocadas maravillosamente en talleres y laboratorios útiles, ó en casas y escuelas de educacion cristiana por las asociaciones públicas de caridad, en las que el rey sin declinar de la justicia supo egercer la misericordia. Y tú, inocencia afligida, tal vez amargo fruto del pecado, abandonada á una estúpida ignorancia, entregada á la mendiguez, rapacidad y holgazanería, expuesta á una temprana ó quizá á una afrentosa muerte, bendice la mano bienhechora de una reina, cuya benéfica largueza levantó tantas sociedades económicas, extendiendo su caridad generosa aun mas allá de su muerte. ¡Que honor mas distinguido pudo concederte esta soberana, que el haberte elevado á ser el objeto del noble instituto de una insigne orden, cuya real banda consignó como premio del mérito á las heroínas de la nacion! (1) ¡Oh, cuantas madres en una sola! y ¡cuan digna es de las bendiciones del cielo y de la tierra, la que tan caritativamente supo borrar la infamia, desterrar la bastardía, recoger lo perdido, sanar lo enfermo, consolidar lo débil, derramar la bendicion sobre la obra del pecado, y unir los miembros secos y podridos al cuerpo sano y robusto de la sociedad! ¡Oh caridad celestial! no fueras tú hija del mismo Dios, si tus caracteres fuesen menos puros y sublimes.

Durad sobre el fundamento sólido de las limosnas cristianas, vastos edificios, inclusas, hospicios de misericordia, casas de beneficencia pública, en donde Dios, cria-

1 Fundacion de la Real Orden de San Luis, ó de la banda.

dor de pobres y de ricos, es honrado con la paciencia de los unos, y con la caridad de los otros: durad, si puede ser, hasta el fin de los siglos, y sed eternos monumentos de los cuidados y liberalidades de vuestra augusta bienhechora. Pueblos afligidos en tiempo de hambre y de calamidad pública, entonces fue cuando este rio caudaloso, nacido de una fuente viva y abundante, salia de madre, rompía sus diques, y se derramaba sobre las tierras áridas y secas. Vosotros, pobres de Jesucristo, que llevasteis al cielo los ocultos tesoros que esta alma grande depositó en vuestras manos, decid ¿si jamas se postró alguno de vosotros á sus pies que no se levantase ó socorrido, ó bien despachado? Templos del Señor, altares sacrosantos, tabernáculo augusto, en donde habita la plenitud de la Divinidad en el sacramento de su amor inefable, compareced á la faz de la iglesia con toda la magestad de aquellos ricos adornos del oro, y de la plata y de las piedras preciosas, con que la piadosísima Luisa de Borbon disponia y preparaba el decoro de la casa de Dios y la magnificencia de su culto, consagrando los despojos de Egipto, y enriqueciendo con ellos el santuario. Yo me pierdo, católicos, si me empeño en referir tantas heroicas acciones que ella procuró disimular. Venero aun despues de su muerte la humildad con que las ocultó, déjolas bajo de los velos con que supo encubrirlas, y consiento en que se hayan perdido: pero ¿que digo perdido? á los escogidos todo les es provechoso, y la caridad nada obra en vano. Ellas están escritas en el libro de la vida, y Dios que fue su principio, y el único testigo de ellas, él mismo será su recompensa.

Vuelve, pues, ¡oh gran Carlos! á tomar la parte que te pertenece en el elogio de tu amable esposa, partiendo

con ella el mérito de tantas virtudes, que os unieron en la vida, y os coronaron en la muerte. Hablo de aquella fe viva y vigorosa que daba valor é impulso á todas sus obras; de aquella firme esperanza, que contra toda experiencia les persuadia, que solo al pie de los altares podrian conseguir la robusta salud é importante existencia del precioso fruto de sus entrañas, y para nuestra mayor gloria, su sucesor en el trono, á quien amenazaba la misma suerte que á sus cuatro mayores hermanos. Sevilla, ¡de cuanta edificacion fue para ti el religioso espectáculo, en que viste á un Fernando inocente á los pies de un Fernando santo, obteniendo la fe y votos de los padres, la salud y vida del hijo, y obligando la inocencia del uno, toda la proteccion del otro! Y tú, ¡oh Valencia! ¿te gloriarías menos de haber visto repetido este acto de religion y de piedad ante el trono de nuestra amantísima Madre de Desamparados, que de la distinguida confianza con que Carlos y Luisa testificaron de tu lealtad y amor, saliendo dia y noche por tus calles y paseos mancomunados con tu numeroso pueblo, confundidos entre la multitud de la plebe, sin aparato de armas, sin guardias, sin escolta, depuesto el fausto de la magestad, excusando toda prudente precaucion, y descansando sobre el amor y fidelidad de tus hijos y vecinos? ¡Ah, señores y amados compaisanos! ¿á que otra ciudad, á que otro pueblo, á que otra provincia se le dispensó jamas tan alta é inestimable honra? Vosotros me permitireis esta pequeña digresion en desagravio de vuestros resentimientos secretos, y en justo desahogo del genio nacional.

Acabemos el retrato moral de nuestros católicos soberanos, insinuando algo de aquella piedad constante con que todos los Domingos del año acudian á ofrecer sus vo-

tos á la Soberana dispensadora de todas las gracias en su famosa invocacion de Atocha: de aquel amor ardiente al Sacramento de nuestros altares, de cuyas dulzuras se hallaban continuamente penetrados, y para cuyo perene culto y adoracion, instituyeron la célebre Congregacion del alumbrado y vela perpetua del Santísimo Sacramento: de aquella devocion tan general en sus objetos, que apenas se hallará esclavitud, hermandad ó cofradía en cuyos registros no precedan sus augustos nombres, cerrando la boca á la heregía atrevida, y á la incredulidad orgullosa, que clasifica estos piadosos establecimientos como supersticiosos y populares: de aquel horror á toda novedad de doctrina en punto de dogma ó de disciplina, que les mereció tantos y tan repetidos elogios de la Iglesia y de la Sede Apostólica: de aquel zelo por la dilatacion del reino de Jesucristo, que extendiéndose mas allá de los mares y de los montes, llegó hasta las campiñas y las chozas de los indios y de los salvages, para recoger la mies dorada y amarilla que solo aguardaba la mano de los obreros: de aquella compasion y sensibilidad afectuosa, con que tocados tal vez por el estrago y menoscabo que sufrió la especie humana en la conquista del nuevo mundo, dieron como verdaderos padres de familia á todos sus habitantes, la vida del alma por el conocimiento de la ley santa, y la del cuerpo por el incomparable beneficio de la *vacuna* desconocido en aquellos paises, y que deberá mirarse como una nueva creacion ó restauracion del género humano, por la cual los esclavos adquirieron el nombre y la confianza de hijos y de amigos. ¡Que sé yo lo que me hago, cuando me empeño en un asunto á todo aspecto interminable! Bien lo veis, yo solo puedo cortar y amontonar, insinuar y resumir.

¿Por que, pues, tantas virtudes no habian de ser eternas? ¿Por que la religion, la iglesia y la patria no se quejarán al cielo de haberles dado unos soberanos tan benéficos, negándoles el privilegio de la inmortalidad? Pero reformemos nuestras preguntas, y moderemos nuestros deseos. ¿Por que tantas bendiciones con tantas desgracias? ¿tantas virtudes con tan pocas recompensas? ¿tantas buenas intenciones con tan grandes infortunios? Hijos repetidamente asaltados por la muerte en su misma cuna; guerras injustamente declaradas, pero justamente sostenidas; expediciones poco felices, desmembracion en sus posesiones, ingraticudes en sus vasallos, engaño y usurpacion en los aliados, ardidés y asechanzas en los estraños, y aun si quereis, dolo é infidencia en los amigos y favorecidos. ¡Oh Dios! adoro vuestros juicios. Examino los pecados de los pueblos, y me compadezco de los reyes; noto los extravíos de los reyes, y me lastimo de la suerte de los pueblos. Solo vos sois grande, solo vos sois eterno, solo vos sois santo. Desaparecerán los reinos y los imperios; caerá, sí, caerá la soberbia Babilonia con todas sus pompas y delicias; levantareis sobre las ruinas de un mundo insensato y loco, la inmutabilidad y firmeza de vuestro trono; los cielos y la tierra pasarán, pero vuestra palabra permanecerá eternamente.

Lleno de estas magníficas ideas es como considero á Carlos y á Luisa de Borbon descender del trono, abdicar la corona, colocarla sobre la cabeza de su augusto hijo, y dar á toda la nacion un egemplo de magnanimidad y desinterés, de que habrá pocos semejantes en la historia de los reinos. Pero ¡ay de mí! A pocos dias veo hecho pedazos este glorioso trono, derribado por el suelo, su magestad vilipendiada, pasar el cetro á manos extrañas, los

señores de dos mundos bajo del poder de un infame y de un villano, los soberanos mas temibles del globo á discrecion de un bárbaro mortal, y que los padres y el hijo desde la mas alta elevacion caen precipitadamente en la mas lamentable esclavitud. ¡Dios inmortal! Yo sé que el escudriñador de los consejos del Altísimo, será oprimido por la magestad y bajo el peso de su gloria. Enmudezco, pues, beso la mano de vuestra justicia vengadora, y adoro aquel decreto por el cual, cumplidos vuestros incomprendibles juicios, restableceis al hijo victorioso en toda la gloria de este mundo, y llamais á sus virtuosos padres á la posesion de un reino eterno. La muerte no se atrevió á separar á los que tan inviolablemente vivieron unidos en la vida. Este vínculo sagrado que en cincuenta y tres años no habia padecido ni rotura, ni alteracion, ni flojedad por empeño alguno forastero, debia estrecharse mas en la mansion del puro y casto amor. Un solo golpe habia de degollar dos víctimas, pero sin el dolor que hubiera causado en una y otra esta mutua separacion. Carlos es conducido por la providencia á Nápoles que le vió nacer, y alli es donde debe morir cuando se le diga: *falleció en Roma el dos de Enero vuestra amada esposa, vuestra adorada Luisa.* Creo, católicos, que ni Carlos pudo ofrecer un egemplo mas capaz de mover la sensibilidad y ternura de los que viven unidos con los lazos del amor conyugal, ni Luisa pudo dejar testimonio menos sospechoso de sus virtudes, que el haber muerto en la capital del orbe cristiano que la consagró los primeros elogios.

Abomino, detesto aquel artificio con que algunos oradores para alabar á sus héroes, se fatigan en disimular sus defectos, y temen esparcir algunas sombras por el retrato de sus virtudes, al paso que la sangre de la víctima que

corre sobre el altar atestigua que sus almas necesitan de expiaciones y sufragios. Yo os propuse las virtudes de un rey y de una reina, de quienes lloro á un mismo tiempo la fragilidad y la miseria. Todo fue uniforme, moderado y sencillo en el augusto Carlos; todo fue grande, elevado y sublime en la heroica Luisa. Grande espíritu, grandes talentos, gran corazon, grandes virtudes, grandes conocimientos, grandes pasiones. Si reprimieron aquellas en que podian extraviarse, si las vencieron, si triunfaron de ellas; ved aqui los mayores reyes del mundo, ved aqui los mayores héroes de la religion. Yo entonces os hubiera hablado con mas firme confianza, y ahora repetiria lo mismo que intenté probar; á saber: que delante de los hombres fueron lo que debian ser; y delante de Dios fueron lo que podian esperar. Para esto os manifesté el testimonio de los hombres, y el testimonio de Dios; pero como este será siempre superior á aquel, ni vuestros elogios, ni vuestra amarga censura, podrán decidir de la suerte eterna de nuestros augustos soberanos. El hombre dominado de sus pasiones, y movido siempre por el interes, no puede ser competente juez de la verdadera opinion, mayormente en un tiempo en que hay tan pocas reputaciones inocentes é irreprensibles, en que la malicia nada perdona á la flaqueza, y en que la misma inocencia con dificultad se libra de sospechas, y de los malos juicios. En medio de esta confusion y desórden, sabemos que hay una ley universal y soberana que decidirá sobre el mérito ó demérito de nuestras acciones; que el Señor mueve por su gracia el corazon del hombre, bajo de mil diferentes formas; que la virtud se encubre muchas veces con los velos del vicio, y el vicio toma las apariencias de la virtud; que quien juzgare á su semejante, con esto se

juzgó á sí mismo; porque no somos nosotros, sino Dios el que ha de dar á la virtud el premio, y al pecado su castigo. La fe todo me lo hace temer; pero la caridad que cubre la multitud de los pecados, que es benigna, paciente, sufrida, que no piensa mal del prójimo, que todo lo sostiene y todo lo disimula, todo tambien me lo hace esperar (1).

Y vos, ¡oh Pastor supremo de la Iglesia, Pontífice sumo, Padre santo, oráculo de Jesucristo, ecónomo y dispensador de sus gracias! vos, en quien reside la facultad de atar y desatar, de castigar y de absolver; vos preparasteis la víctima para que purificada de las heces de la escoria humana por la plenitud de la bendición apostólica, nada le quedase que expiar, y nada tuviese el fuego que consumir. Así que, cuando llegó la hora de su muerte, Roma consagra á Maria Luisa los primeros elogios y los honores mas distinguidos; la sacrosanta Basílica Liberiana resuena con el eco de sus alabanzas, y á la vista del mas exacto é infalible apreciador del mérito se leen aquellas gloriosas inscripciones: *A la madre fecunda de muchos hijos: á la que dió honor á muchos reinos de Europa: al refugio y consuelo de las viudas y de los huérfanos: á la que atendió al socorro del menesteroso, y del que perecia en la miseria: á la que con real munificencia enriqueció, adornó y aumentó el culto de los templos* (2). Ya lo veis, señores; estas son las mismas prue-

1 San Pablo, carta 1.<sup>a</sup> á los Corint. cap. 13.

2 Bendición apostólica y demas gracias que en el artículo de la muerte le dispensó nuestro Santísimo P. Pio VII. Inscripciones que los Romanos fijaron al derredor del catafalco que contenia el real cadáver. Elogio fúnebre por Don Francisco Marco Catalan, auditor de Kota, pronunciado concluida la misa de cuerpo presente. *Suplem. á la Cron. cientif. y liter. n. 196.*

bas que me han servido para justificar el argumento de mi discurso. Entre los hombres no puede darse mayor testimonio, y con todo yo creo haber pronunciado un elogio fúnebre, y no un sermón de acción de gracias. Accso hasta la hora nos hallamos sin datos positivos para tributarle á Carlos IV estos mismos honores póstumos; la providencia lo dispuso así, porque donde no hay contradicción, tampoco hay necesidad de apología.

¡Descansad en paz, almas grandes, almas heroicas y cristianas! El reinado de los justos en el cielo, es mas glorioso que el de los reyes de la tierra; y el trono mismo que el amor os prepara en nuestros corazones, es mas hermoso que el que habeis perdido. Alzad el vuelo para reuniros en el seno de la inmortalidad con vuestra amabilísima nuera y nuestra augusta soberana, que como un ángel del Señor os abrió el camino, y os esperaba impaciente en los atrios de la celestial Jerusalem. Tales son los votos que este Real y heroico Cuerpo dirige al cielo para consolar al mas atribulado Monarca en su desolada viudez y tristísima orfandad. Y yo, que desde el principio de mi discurso estoy ahogando en mi corazón los sentimientos de mi gratitud, los traslado por un momento á mis labios, para excitar las lágrimas de cuantos me escuchan en la mas deshecha de nuestras desgracias: *In mortuum produc lacrymas, et quasi dira passus incipe plorare.* Su Magestad se dignó por sus bondades de honrar en mi al ministerio apostólico, y mañana cumple el día aniversario en que la augusta Isabel su amable esposa escuchaba mi primera exortacion (1). ¡Ah! yo vi entonces que

(1) Sermon del Buen Ladrón predicado en la capilla del Real Palacio de Madrid, nueyamente reparada, lucida y hermoseada por disposicion de nuestro Augusto Monarca el Señor Don Fernando VII, martes santo por

aquel corazón tierno y afectuoso se conmovía y derramaba en lágrimas al repetir la súplica del ladrón mas venturoso: *Acordaos de mí, Señor, en aquel último de mis días, en que desde la posesion de un reino temporal, me trasladéis á las moradas de vuestro eterno reino.* El suceso justificó el oráculo; y el dia de la mayor afliccion para nuestro Monarca inconsolable, fue puntualmente el mismo en que aquella alma inocente y candorosa, oyó la voz de misericordia y gracia que le decia: *Hoy serás conmigo en el paraiso.* Yo hablé entonces segun las magnificas promesas del Señor, y nuestra Soberana antes de cumplirse el año las vió dichosamente verificadas. Asi lo esperamos de vuestra misericordia, ¡oh Rey omnipotente y santísimo! Tres coronas humilladas y abatidas al pie de vuestro trono, nos predicán vuestro supremo dominio, y nos prometen su eterna é imperturbable felicidad. Aceptad, pues, nuestras lágrimas, como una manifestacion bien limitada de nuestro reconocimiento á sus augustas personas: *fac luctum secundum meritum ejus.* Reinad con Jesucristo en el cielo, padres y esposa del mejor de los reyes de la tierra, y vuestros gloriosos nombres escritos en el libro de la vida, como lo esperamos de la divina misericordia, vivan tambien en la posteridad con todo el honor y claridad que merecieron: *in requie mortui requiescere fac memoriam ejus.* Amen.

la tarde dia 17 de Marzo del año 1818, con asistencia de los Soberanos. Dicho discurso fue el primero que se pronunció en la expresada Real capilla despues de su reparacion, á pocos dias de haber sido agraciado el autor con la predicatura de S. M.